

gente, que por ser de noche conducían gran número de hachones; gritaron vivas a Morclos, a la independencia y a los electores, todos americanos sospechosos y la mayor parte infidente . . . ”<sup>1</sup>

Como era natural, al fragor de las batallas callaron casi por completo las musas, y aun en la prosa, las producciones propiamente literarias son escasas en este período. No nos ocuparemos, pues, de los escritores que entonces cultivaron las bellas letras, aun cuando algunos son ciertamente notables precisamente por manifestar tendencias románticas, como D. Joaquín Fernández de Lizardi, en sus novelas de asuntos mexicanos y en sus “Noches tristes y día alegre”; D. Anastasio María de Ochoa y Acuña, “el mejor pintor en verso de la vida social mexicana en las postrimerías del régimen colonial y principios de la era independiente”;<sup>2</sup> D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, a quien D. Luis Urbina llama el primer romántico mexicano, y otros varios. Fijaremos más bien nuestra atención en algunos de nuestros principales caudillos y políticos de tan tormentoso período; pero lo haremos muy brevemente, pues siendo tan conocidas las vidas y los escritos de éstos, resulta evidente, atendiendo a las consideraciones arriba apuntadas, que fueron todos ellos legítimos románticos de carácter muy especial, aunque generalmente no se les considere como tales.

Muy compleja es ciertamente la fisonomía moral del Padre de la Patria, sobre quien quizá nunca se llegue a formular un juicio definitivo; pero un rasgo sí se destaca con toda claridad: el constante anhelo de romper con ciertas tradicionales rutinas y de librar a su patria de los intolerables abusos de la hipocresía borbónica. En este doble aspecto creo que tiene el señor Hidalgo cabida en un estudio como el que hemos emprendido. Quizá este mismo espíritu independiente y, por tanto, romántico lo desvió en ciertas épocas de su vida del debido cumplimiento de sus obligaciones como eclesiástico, y le ocasionó más de un disgusto con Allende, celoso, como buen soldado, por la disciplina militar.

El jesuita P. Guevara había iniciado a fines del siglo XVIII una prudente y oportuna reforma en el estudio de la Filosofía. “Con las Instituciones Philosophiae del P. Guevara — dice el Ilmo. Sr. Valverde Téllez — inauguramos en México una prudente reforma en la filosofía de la Escuela. Y no es que mucho antes no se hubiesen cultivado con ahinco y provecho las ciencias naturales, sino que se marcó de una manera más decidida y franca la distinción formal y específica entre la filosofía propiamente dicha y las ciencias inferiores . . . Más aún, dentro de la metafísica surgió y se robusteció con poderosa fuerza de

1 Archivos Generales de Indias, 136-7-9. Citado por el P. Cuevas.

2 C. González Peña, op. cit., p. 237.